

Prólogo

Las paredes de la habitación de la clínica, la madera de los muebles y el metal de la cama estaban pintados de un blanco brillante, lavable y crudo. De la tulipa de vidrio esmerilado fijada encima de la cabecera caía la luz eléctrica, igualmente blanca y dura, sobre las sábanas, sobre la pálida parturienta que entornaba los párpados, sobre la cuna y sobre los seis visitantes.

—Todas vuestras magníficas razones no cambiarán un ápice mis ideas, ni siquiera el hecho de que estemos en guerra —dijo el marqués de La Monnerie—. Desapruebo absolutamente esta nueva moda de ir a dar a luz fuera de casa.

Tenía setenta y cuatro años y era el tío de la parturienta. Calvo en dos terceras partes del cráneo, su cabeza conservaba por detrás una corona de pelo blanco levantado en un alto cepillo hirsuto, como la cresta de un guacamayo.

—¿Causaban nuestras madres tantas molestias? —continuó—. Ellas no necesitaban cincuenta endiablados cirujanos y otras tantas enfermeras, ni todos esos ingredientes que apestan, para producir hijos vigorosos. Dejaban obrar a la naturaleza y al cabo de dos días tenían las mejillas sonrosadas. Mientras que ¡miren un poco esa cara blanca como el papel!

12 MAURICE DRUON

Con el puño de la camisa tendido hacia la almohada tomaba a la familia por testigo. En aquel momento tuvo un acceso de tos; la sangre afluyó a su rostro a través de las hinchazones y las arrugas, y le coloreó de escarlata la piel hasta el cráneo; luego escupió con fuerza en su pañuelo y se limpió el bigote.

Sentada a la derecha de la cama, la señora Jean de La Monnerie, esposa del gran poeta y madre de la parturienta, encogió sus imponentes hombros. Hacía mucho que había pasado la cincuentena; vestía de terciopelo granate y llevaba un enorme sombrero. Sin volverse, respondió a su cuñado con voz autoritaria:

—Lo cual no quita, mi querido Urbain, que si a tu mujer la hubieran trasladado a tiempo, tal vez la tendrías aún contigo. ¡Bastante habló todo el mundo de eso!

—No es así, no —replicó Urbain de La Monnerie—. Eras demasiado joven, Juliette; ¿qué puedes saber tú? En el hospital, en la clínica o adondequiera que hubiera ido, la desdichada Mathilde habría muerto igualmente, y sin tener siquiera la satisfacción de irse en su propia cama, en vez de estar en la cama de todo el mundo. La verdad es que no se puede fundar un hogar cristiano con una mujer que tiene unas caderas tan estrechas que podrían pasar por un servilletero.

—¿Creéis que esa conversación es oportuna delante de esta niña? —dijo la baronesa Schoudler, mujercita de pelo gris y tez aún fresca, que estaba de pie al otro lado de la cama. La parturienta volvió levemente la cabeza y le sonrió.

—No tiene importancia, mamá; no tiene importancia —murmuró.

Entre la baronesa Schoudler y su nuera existía la complicidad de los seres de corta estatura.

—Yo te encuentro muy bien, mi querida Jacqueline —si-

guió la baronesa Schoudler—. Dos hijos en dieciocho meses, por mucho que se diga, significa algo. Has soportado eso perfectamente, y tu angelote es magnífico.

El marqués de La Monnerie, refunfuñando, se volvió hacia la cuna.

Tres hombres se hallaban a su alrededor, vestidos todos de oscuro y con una perla prendida en la corbata. El más joven era el barón Noël Schoudler, regente del Banco de Francia, uno de los abuelos del recién nacido y marido de la mujercita de pelo gris y cutis fresco. Noël Schoudler tenía una estatura gigantesca. Su vientre, su torso, sus mejillas, sus párpados...: todo era pesado, impregnado de seguridad en sí mismo y de la afición a los combates del dinero. Llevaba una barba corta, muy negra y terminada en punta, como la de un rufián.

Aquel monumental sexagenario colmaba de atenciones a su padre, Siegfried Schoudler, el precursor, el fundador de la banca Schoudler, aquel a quien París llamaba desde tiempo inmemorial «el barón de todos los imperios», un anciano delgado, de cráneo jaspeado y patillas cremosas, de nariz enorme y venosa, de ojos bordeados de púrpura húmeda, que estaba sentado con las rodillas separadas y la espalda encorvada, y recurría sin cesar a la oreja filial para volcar en ella, con un deje de acento austríaco, confidencias que todo el mundo oía.

El último de los personajes presentes al lado de la cuna era el otro abuelo, Jean de La Monnerie, poeta ilustre y académico. Dos años menor que su hermano Urbain, al que se parecía en más fino y también en más hepático, su calvicie estaba oculta por un largo mechón amarillento que rodeaba su frente; permanecía apoyado en un bastón de madera de las islas.

No había tomado parte en la discusión familiar. Con-

14 MAURICE DRUON

templaba a la criatura, pequeña larva cálida, ciega y arrugada, cuyo rostro, apenas del tamaño de la mitad del puño de un adulto, salía por entre la ropa blanca.

—Misterio —dijo—. Misterio perfectamente trivial; el más impenetrable y el único que nos importa.

Sacudió la cabeza tristemente y dejó deslizar su monóculo tintado, sujeto por un cordoncillo; el ojo izquierdo, descubierto, bizqueaba un poco.

—En otros tiempos —continuó— no hubiera podido soportar la mirada de un recién nacido. Me producía cierto malestar. Esa ceguera de embrión, esa nada mental... Esos miembros minúsculos, cuyos huesos sabemos que son todavía gelatinosos... ¿Y por qué advertencia misteriosa detienen un día las células su crecimiento? ¿Por qué se consume uno...? —Las palabras parecían caerle de los dientes—. ¿... se convierte uno en esto que somos? —añadió con un suspiro—. Terminamos de vivir y seguimos sin comprender, igual que este niño.

—No hay misterio, hay Dios; eso es todo —dijo Urbain de La Monnerie—. Y cuando uno se hace mayor, como nosotros..., ¡bueno!, es como los ciervos viejos, que se desmochan, que llevan menos cornamenta cada año.

Noël Schoudler adelantó su enorme índice y lo acercó a la mano del recién nacido.

Entonces, por encima de los cuellos postizos, rígidos y lustrosos, las cabezas se asomaron, inclinaron sus hinchazones, sus arrugas, sus párpados purpúreos, sus frentes moteadas, sus grandes narices grumosas, sus inmensas orejas, sus mechones amarillentos y sus cabellos erizados, y soplaron sobre la cuna el aliento de sus bronquios gastados, de sus cuarenta años de cigarro, de sus bigotes y de sus dientes arreglados, para observar los deditos que apretaban, que pellizcaban la piel fina del

dedo del abuelo, parecida a la membrana de los gajos de mandarina.

—¡Es extraordinaria la fuerza que tiene ya! —dijo Noël Schoudler.

Y los cuatro hombres permanecían por encima del enigma, por encima de aquella combinación apenas acabada de nacer de sus sangres, de sus ambiciones, de sus amores ahora lejanos.

Bajo aquella bóveda el bebé empezó a adquirir un color carmesí y a gemir débilmente.

—De cualquier forma, he ahí a uno que tendrá todo lo necesario para ser feliz, si sabe utilizarlo —dijo Noël Schoudler enderezándose.

Como hombre que conocía el valor de las cosas, el gigante calculaba todo lo que aquel niño reunía en sí, o reuniría algún día, todo lo que ya se encontraba en la cuna: el banco, las refinerías, un gran diario, un título del Sacro Imperio, la notoriedad mundial del poeta y sus derechos de autor, el castillo y las tierras del viejo Urbain, otras fortunas menores y un lugar preparado por anticipado en todos los medios de la aristocracia, de las finanzas, del gobierno, de la literatura...

Siegfried Schoudler interrumpió a su hijo en su meditación tirándole de la manga, y le dijo al oído a voz en grito:

—¿Cómo se llama?

—Jean-Noël, como sus abuelos.

Desde lo alto de su estatura y posando una vez más sobre la criatura más rica de París el filete negro de su mirada, repitió Noël para sí mismo, orgullosamente:

—Jean-Noël Schoudler..

De las lejanías de la ciudad llegó el sonido de una sirena. Todos los visitantes levantaron la cabeza al mismo tiempo, salvo el abuelo, que no oyó nada hasta la segunda sirena, más cercana.